tres. Relativamente acomodados algunos, facilitaban a la Francia real sus principales oficiales del Ejército, dignatarios de la Iglesia y agricultores "científicos". Otros, en mayor número, eran más pobres y menos influyentes; también daban oficiales para el ejército y la Armada, y dignatarios para la Iglesia; mas, como nobles, apenas contaban para nada en la sociedad y la política de Versalles; y su relativa pobreza, más que opulencia, era la que les hacía aferrarse a sus derechos señoriales y feudales sobre la tierra y los campesinos. Estos nobles franceses, a diferencia de los "caballeros" ingleses contemporáneos, eran un recurso descuidado de la organización política, tanto como una carga para ella. Apenas tenían en los negocios públicos más voz que los campesinos y menos que la burguesía. Solían, generalmente, mantener las mejores relaciones con sus siervos y colonos, apadrinando a los hijos de los campesinos e invitando a los patanes, de fuertes zuecos, pero alegres corazones, a bailar en el patio del castillo. Mas su vida solía ser a menudo bastante aburrida, con la dificultad en el cobro de las rentas y sin más distracción en que pasar el tiempo que la caza y la murmuración.

Análogo, y aun más claro contraste, se observaba entre el clero alto y bajo. Nobles jóvenes y libertinos eran con frecuencia nombrados obispos y abades, y así miraban su carrera eclesiástica, en primer término, como fuente de ingresos y de prestigio social, mostrándose generalmente negligentes en el desempeño de sus deberes espirituales. Mas en tanto que un cardenal de Rohan, con sus 2.500.000 libras al año, podía asombrar a la corte de Francia con su lujo y su boato- y sus pérdidas en el en el juego-, más de un astroso, pero piadoso cura rural, con unos ingresos no muy seguros aproximadamente equivalentes a 150 dólares anuales, hacía cuanto podía para arreglarse con ellos y que aún quedara algo para limosnas. No todo el clero ni todos los hidalgos rurales participaban de la riqueza de que disfrutaban, como clases, el clero y la nobleza. Sobre todo, entre los sacerdotes católicos de Francia había muchísima labor callada y humilde en favor de la gente del pueblo.

Entre las clases privilegiadas, nobleza y clero, y la masa sin privilegios de los campesinos, existía la burguesía. Gracias al continuo desarrollo del comercio y el capitalismo en el siglo XVIII, esta clase se iba haciendo importantísima en toda Europa. Era fundamentalmente un elemento dinámico en el armazón, por lo demás estático, de la sociedad europea.

Como ya explicamos, burguesía quería decir "hombre del burgo", de la ciudad, y el número de éstos aumentó notablemente en Europa desde el siglo XVI al XVIII, no sólo en absoluto, sino relativamente al de campesinos, nobles y clerecía. Lugarejos insignificantes del 1500 se habían convertido, al llegar el 1750, en ciudades populosas. Londres, que era ya la mayor de Europa, tenía una población próxima al millón. París sería, por lo menos, una mitad de Londres; Amsterdan era una gran ciudad, y también lo eran Sevilla, y Lisboa, y Viena, y, a medida que crecían, las ciudades europeas cambiaban su aspecto. Se extendían más allá de sus prietas murallas medievales. Los nuevos barrios se hacían más atractivos, con calles anchas y amplias plazas. Las antiguas fortificaciones, innecesarias ya como protección, servían de paseos. Las vías públicas se mantenían algo más limpias; algunas, bien pavimentadas con guijarros, y por la noche, el resplandor del aceite del alumbrado público iluminaba de modo tranquilizador la vuelta a casa del burgués que estuvo en el teatro o en el café.

El crecimiento de las ciudades está íntimamente relacionado con el de la industria y el comercio. La industria en el siglo XVIII significaba ya algo más que fabricar pan, hacer ropas, componer zapatos y armas muebles para el mercado local; implicaba la producción en gran escala de un amplio surtido de mercancías para venderlas en lugares remotos. Cierto que Alemania e Italia no eran ya países de tanta importancia fabril relativa como lo fueron a fines de la Edad Media y principios de la Moderna. Pero por toda la Europa occidental el progreso industrial era continuo y prodigioso. En Inglaterra comenzaba realmente, en el siglo XVIII, una verdadera revolución industrial; se empezaba a aplicar ingenios mecánicos a la fabricación y la minería, se multiplicaba la producción de mercancías, y el capitalismo crecía a grandes saltos.

El comercio aumentó de modo correspondiente. No sólo existía un mercado universal para los artículos de Europa y capital suficiente para explotarlo, sino que había también para los europeos un lucrativo tráfico entre Asia y América. El Nuevo Mundo suministraba pieles, maderas, tabaco, algodón, arroz, azúcar, melaza, ron, café, tintes, oro y plata, a cambio de esclavos negros y artículos de Oriente; y las anchas rutas del Atlántico veían cruzar durante el año centenares de veleros pesadamente cargados. Las especias, joyas, té y tejidos del remoto Oriente llenaban de ricos cargamentos los fuertes veleros de la India. También era importante el tráfico que entretenía flotas

mercantes británicas y holandesas en el mar del Norte y el Báltico; y los pendones de muchos soberanos eran arbolados por sus súbditos burgueses a lo largo de todo el litoral europeo. Al comenzar el siglo XVIII se calculaba el comercio exterior de Gran Bretaña en 60.000.000 de dólares, y el de Francia sumaría, por lo menos, dos tercios de dicha cifra. Se facilitó, además, mucho el comercio interior, sobre todo en los Estados nacionales, por la creciente atención que los gobiernos prestaron a la protección policíaca, al aumento de las facilidades postales y a la construcción de canales y buenos caminos. El volumen y valor del comercio interior europeo se cuadruplicó durante el siglo.

Es difícil calcular la importancia del desarrollo del capitalismo europeo, del cual este comercio creciente era a un tiempo estímulo y resultado. Había erigido ya imperios coloniales, producido guerras internacionales, atraído a millares de campesinos de sus tierras y edificado ciudades populosas. Estaba en vísperas de realizar una revolución en las artes industriales -la revolución industrial- que, comenzando en Gran Bretaña, se habría de extender finalmente por toda Europa y el mundo entero, y facilitar el armazón material para nuestra civilización contemporánea. Mas, entretanto, el testimonio más prodigioso del desarrollo del capitalismo era la cantidad y ambiciones crecientes de la burguesía.

Incluía ésta a mercaderes, banqueros, mayoristas, maestros ricos de los gremios y hasta a tenderos menos opulentos; y la mayor parte de los profesionales, abogados, médicos y profesores, procedían de familias burguesas. Era una clase muy influyente, todopoderosa en los sectores del comercio, la industria y las finanzas, y poderosa también en la esfera política; estaba representada en la Cámara de los Comunes, cuyos miembros se codeaban en el Continente con los monarcas absolutos, sirviéndoles como jueces, funcionarios locales, ministros, intendentes recaudadores de impuestos. Era, también, la clase que eclipsaba a las demás, no sólo en riqueza, sino en conocimientos y en apego a la nueva "Ilustración". De la burguesía procedía el mayor número de personas que leían los más recientes libros de ciencia y filosofía que acogían con entusiasmo los últimos alegatos en favor del racionalismo y el humanitarismo, que criticaba las creencias y prácticas religiosas tradicionales, que discutía con vehemencia las cuestiones de derecho constitucional y economía política.

La burguesía era ambiciosa como clase. Se dolía de su posición de clase media en la sociedad europea. Aspiraba a los honores y privilegios de las altas o, de no poder obtener para sí los que disfrutaban el clero y la nobleza, se aliaría con las clases inferiores para acabar con ellos. En cualquier caso, ni admitía superiores en inteligencia ni los toleraba en riquezas.

Más concretamente: los miembros "ilustrados" de la burguesía tenían ambiciones políticas inmediatas. Como gente de posibles, deseaba tener participación en la imposición de tributos y disposición de los fondos públicos, de modo que aceptó con gusto la doctrina de la soberanía popular. Como gente culta, aspiraba a emplear la tal doctrina para encaminar la política del Estado hacia objetivos racionales y humanitarios, hacia la libertad de conciencia y de cultos, de palabra, de asociación y de comercio, y a verse libre de la guerra y de los obstáculos irracionales del pasado. Tenían especiales ambiciones fogosas por poner en práctica la "Riqueza de las naciones", de Adam Smith; los "Principios de Legislación", de Jeremías Bentham, y el "Contrato social", de Rousseau.

Todas estas ambiciones habrían sido naturales, pero escasamente fecundas, si la burguesía hubiera sido una clase aislada y estática en la sociedad del siglo XVIII. Pero hemos de insistir en el hecho fundamental de que la burguesía no era en dicho siglo estática ni aislada. Era muy dinámica; crecía velozmente en número, riqueza e influencia, y en ambición. En Inglaterra, donde mayores fueron su tamaño y actividad, desempeñó ya papel decisivo en las Revoluciones puritanas y "Gloriosa" del siglo XVII y, al llegar el XVIII, participaba con la nobleza y el clero en el mantenimiento de una monarquía limitada, constitucional, y en el manejo de la oligarquía parlamentaria. El nuevo capitalismo estaba legalmente parapetado, en Inglaterra, con la antigua agricultura. Y la revolución norteamericana constituía un ejemplo más reciente, y más radical aún, del triunfo de las ambiciones y principios de la clase media "ilustrada". Y, luego, estas lecciones de la revolución política británica, ya fuera en Inglaterra o en América, no pasaron inadvertidas para la creciente clase media del continente europeo, en el que dicha clase comenzó una agitación en pro de las reformas no sólo políticas, sino también sociales y religiosas.

En esta demanda de reformas no se encontraba sola la burguesía en el Continente. Existían algunos nobles y sacerdotes que ponían las aspiraciones de la "ilustración" por cima de las

de su clase y contribuían a aumentar los clamores en demanda de reformas; y hubo monarcas "ilustrados" que escucharon tales clamores y, simpatizando con ellos, trataron de realizar reformas. Es más, como ya indicamos en otro lugar, la segunda mitad del siglo XVIII estuvo llena de "déspotas ilustrados" reformadores: Federico II en Prusia (1740-1786), José II en Austria (1765-1790), Catalina II en Rusia (1762-1796), Carlos III en España (1759-1788), José I en Portugal (1750-1777), y Gustavo III en Suecia (1771-1792). Todos estos príncipes trabajaron mucho: patrocinaron la nueva ciencia y las artes nuevas; concedieron una amplia tolerancia religiosa; reformaron los tribunales de justicia; construyeron caminos y canales e hicieron muchas otras cosas para fomentar la industria y el comercio y ganarse el aplauso de la burguesía "ilustrada".

Con los progresos de la revolución intelectual durante los siglos XVII y XVIII, y el auge concomitante de la burguesía, era obvio e inminente un cambio profundo de la sociedad europea. Durante una temporada, en la mayor parte de los países parecía como si el cambio se hubiese de realizar por medio de reformas graduales, iniciadas por los monarcas "ilustrados" y sostenidas por los burgueses y algunos nobles y sacerdotes igualmente "ilustrados". Unicamente en Francia había motivos para sospechar que la "revolución" podría anticiparse a las "reformas".

Contaba la Francia del siglo XVIII con industria, comercio, capital y clase media inferiores sólo a las de Gran Bretaña entre las naciones europeas y, en conjunto, sus campesinos lo pasaban evidentemente mucho mejor que los de otros países del Continente. Era, además el centro de la "Ilustración" continetal. En todas partes se apreciaban e imitaban su literatura y su arte; sus hombres de ciencia y sus reformadores sociales constituían legión y disponían de influencia en su patria y en el extranjero. No sólo su clase media, sino gran parte de su nobleza y clero, y hasta algunos de sus fornidos labradores y frugales artesanos, se distinguían particularmente por su "ilustración" y su continuo clamar por "reformas".

De acuerdo con la filosofía crítica de la época, la sociedad y la política francesas estaban necesitadas de reforma, aunque no más que las de cualquier otro país europeo. Había mucha irracionalidad en la política y la sociedad de Francia, como en las de otros países. El gobierno era resultado demasiado casual del desarrollo histórico; era, a un tiempo, demasiado arbitrario y demasiado poco sistemático. En el transcurso del tiempo se

habían ido imbricando, unos sobre otros, grupos de instituciones y funcionarios, de modo que, al llegar el siglo XVIII, aunque se suponía que el rey era un autócrata, en realidad dependía de una burocracia cumplicadísima, con poderes mal definidos y jurisdicciones intercurrentes. El país estaba dividido, desde los tiempos medievales, en regiones bajo el mando de "bailíos" y "senescales" cuyos cargos eran ya puramente decorativos. De tiempo atrás venía también dividido en provincias, algunas de las cuales tenían Parlamentos o "estados" y todas gobernadores. Desde la época de Richelieu estaba dividido además en intendencias, con sus intendentes, y asimismo en regiones judiciales, cada una con su tribunal o "Parlamento"; en eclesiásticas, con su obispo o arzobispo cada una; y en pedagógicas, con su Universidad cada cual. La mayor parte de las ciudades tenían concejo municipal, pero no había dos de ellos que se eligieran del mismo modo u obtuvieran los mismos derechos. Es decir, que no había mucha sistematización en el gobierno de Francia, y sus abusos procedían más de la lentitud y arbitrariedad casual que de un despotismo realmente activo. Aunque despótico en teoría, después de la época de Luis XIV resultaba ineficaz en la práctica.

La confusión administrativa no era la única en la Francia del siglo XVIII. No existía uniformidad ni sencillez en los tipos de pesas y medidas, ni en las monedas, peajes o derechos de aduanas interiores. Tampoco la había en las leyes ni en los procedimientos legales. Lo legal en una ciudad podía resultar ilegal en un lugar que sólo distara cinco millas. Existían cerca de cuatroscientos cuerpos legales entre las diversas partes de Francia.

A la confusión gubernamental y legal hay que añadir la del Fisco. No había separación alguna entre las rentas del rey y las de la nación. No existía presupuesto. El rey o sus delegados gastaban el dinero en cuanto lo cobraban. No se llevaba contabilidad general, y no había funcionario que supiera el verdadero estado de la Hacienda. Lo que se llamó sistema de tributación del "antiguo régimen" no tenía mucho de sistema; se había desarrollado, como la maquinaria política del Estado, de la manera más casual. El rey seguía teniendo rentas de fincas y "señoríos" que poseía personalmente, como cualquier otro terrateniente. Mas la mayor parte de los ingresos procedían de diversas clases de impuestos nacionales, establecidos en ocasiones diversas en el pasado: uno general, o de "capitación"; otro, de la renta; una contribución directa territorial; un impuesto sobre

las importaciones, otro sobre el transporte de mercancías entre diversas provincias y ciudades dentro del país; impuestos de usos y consumos; otros sobre licencias profesionales y comerciales, etc. La dificultad no estribaba en la clase de impuestos - la mayoría de los cuales se cobran en la actualidad en países "progresivos" - sino más bien en la manera de repartirlos y cobrarlos. Se les cargaba, generalmente, a las clases no privilegiadas: campesinos y burguesía, en tanto que las privilegiadas (clero y nobleza), es decir, algunos de los fraceses más ricos, estaban exentas en gran parte. Por si esto era poco, en vez de cobrar el Gobierno directamente los impuestos, facultaba a entidades o individuos particulares -las llamadas "granjerías"- para que lo hicieran en determinadas regiones, quedándose para sí una pingüe porción de lo que cobraban.

Con toda su confusión e ineficacia, el Gobierno francés del siglo XVIII se mostraba, a veces, de una arbitrariedad insultante y, desde el punto de vista de los franceses "ilustrados", demasiado afecto a tomar medidas "reaccionarias" contra los movimientos y jefes "progresivos". Una persona que escandalizara al rey u ofendiera a un noble o eclesiástico influyentes, podía ser arrojada en una prisión por orden del rey -las llamadas lettre de cachet - y quedar emparedado allí indefinidamente, sin ser sometido a juicio; de este modo estuvo preso, por ejemplo, Voltaire una temporada, y también el conde de Mirabeau. Se toleraba ya habitualmente a los protestantes y otros disidentes de la Iglesia oficial, mas como las antiguas leyes contra ellos perduraban aún en los libros, estaban sometidos a reiteradas molestias por las quejas de fanáticos religiosos y también de gentes que les tuvieran simplemente algún rencor. Existían también una censura real y otra eclesiástica, que en la Francia del siglo XVIII se invocaban de vez en cuando contra casi todos los literatos "ilustrados". Actuaban tales censuras demasiado mal y espasmódicamente para ser eficaces, pero lo hacían lo bastante para ser molestas e irritantes.

En todos los anteriores respectos y en su estado general, la Francia del siglo XVIII no era muy distinta de los demás países europeos. Tal vez era algo mayor su necesidad de reformas políticas y sociales; acaso sus escritores críticos eran algo más punzantes y numerosos; quizá su creciente burguesía se mostrara algo más impaciente por participar en las reformas; mas había, sobre todo, dos circunstancias enteramente peculiares de Francia y de signficado nefasto. Primero, la familia real Francesa no servía para su cargo. Segundo, el Estado francés iba a la bancarrota.

Luis XIV, el "Rey Sol", fué realmente el último de los reyes Borbones competentes de Francia; tenía inteligencia y trabajaba mucho. Y hasta tuvo la agudeza de carse cuenta, hacia el final de su reinado, de lo costoso que fueron su boato y sus guerras. Cuando yacía, rojo por la fiebre, en su lecho de muerte, hizo venir a su lado a su heredero y nieto de cinco años, el futuro Luis XV, y le dijo: "Hijo mío, pronto serás soberano de un un gran reino. No olvides tus deberes para con Dios; recuerda que a él le debes cuanto eres. Trata de vivir en paz con tus vecinos; no me imites en mi afición a la guerra, ni en los gastos exorbitantes en que he incurrido. Toma siempre consejos en todos tus actos. Trata de aliviar al pueblo lo antes que pueda, realizando así lo que yo no puedo hacer, desgraciadamente."

Fué un buen consejo. Pero como Luis XIV retuvo en sus manos todos los hilos del Gobierno, no dejó una organización apropiada para que manejara la política su nieto. Luis XV no era en aquella fecha más que un niño, un juguete en las manos de ministros egoístas y desalmados. Durante la regencia del Duque de Orleáns, desde 1715 a 1723, la Hacienda francesa, muy desorganizada ya, se vió reducida al caos con las especulaciones de John Law, bajo el mando del cardenal Fleury, que fué ministro desde 1726 a 1743, el tesoro se empobreció aun más por la participación de Francia en la Guerra de la Elección polaca (1733-1738) y la de Sucesión austríaca (1740-1748).

En 1743 moría, a los noventa años, el cardenal Fleury, y Luis XV hacía saber que, en adelante, sería él su propio ministro. Mas no era Luis XV un Federico el Grande; no tenía ingenio, ni inclinación, para ser un verdadero "déspota ilustrado". En la mesa de los Consejos "se le abría la boca, decía poco y no pensaba absolutamente nada". Los negocios de Estado le parecían insoportablemente aburridos y los dejaba, en su mayor parte, en manos de sus aduladores cortesanos.

Pero había algo de lo que Luis XV nunca se aburría y era de los placeres. Hallaba placer no en la política o la "ilustración", sino en bailar, cazar, jugar a los naipes, y, especialmente, en una serie de amantes de bellos rostros y cabelleras empolvadas, entre las que se distinguieron la Duquesa de Chateauroux, Madame Pompadour y Madame Du Barry. Las inundó de dinero, títulos y fincas; las instaló magníficamente en Versalles y permitió que sus caprichos dirigieran la política francesa en los asuntos internacionales. Un capricho de Madame Pompadour fué el motivo principal que colocó a Francia al lado de su enemiga tradicional, Austria, en la Guerra de los Siete Años - --